

Pronto, pronto aparecerá
el mayor acontecimiento de 1924

El Almanaque 1925

de

La Novela Semanal Cinematográfica

con un sorprendente,
precioso y costoso

ALBUM

para las fotografías
del año 1924

LUXOSA PRESENTACIÓN

Almanaque y Álbum
que satisfará al más exigente

¡Prepárese a comprarlo!

¡ÉXITO RUIDOSO!

E. VERDAGUER-MORERA - TOPETE, 10 - TARRAGA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 126

25 cts.



LO
QUE TODA
MUJER SABE

por
Lois Wilson
y Conrad Nagel
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 126

LO QUE TODA MUJER SABE

Finísima comedia sentimental, interpretada
por la eminente ingenua LOIS WILSON
y el gran actor CONRAD NAGEL

Esta película está inspirada en la famosa obra de cos-
tumbres escocesas de Sir James M. Barrie.

Paramount Pictures Corporation

Programa Ajuria

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MONTE BLUE

Lo que toda mujer sabe

Argumento de la película de dicho título

Nada más típico de Escocia, ni en carácter ni en hábitos, ni en fisonomía ni en manera de ser, que la familia Wily.

He aquí al padre, Alick Wily, un pedazo de pan blando; a Juan, el hijo menor; y a David, el hijo mayor. Su carácter y bondad, los mismos que el jefe de la familia.

Pero no es posible conocer bien a Juan y a David, hasta que no se vea claro cómo y cuánto quieren a su hermana Maggie.

Juan decía a su hermano y a su padre:

—He averiguado que se va a casar Tomás Manzies, y me temo que la pobrecilla Maggie esté muy triste...

El padre asintió y expuso, además, el pesar que sentía en su alma:

—Maggie ha nacido para querer, y es muy romántica... Pero como nunca ha habido ningún hombre que le haga la corte, ahora que ya no es ninguna jovencita, es una lástima que no podamos nosotros encontrarle marido.

David intervino:

—Estaba yo pensando en comprarle un re-

loj y una cadena de oro que vi en el escaparate de la Joyería Central... Hace tiempo que ella tiene deseos de poseerlos.

—Míralos, hermano—le contestó Juan.—Yo tuve la misma idea esta mañana... por si Maggie estaba demasiado triste hoy.

En esto, apareció la única mujer de aquel hogar.

Era Maggie una modesta muchacha, modosa y gentil, entregada exclusivamente a proporcionar la mayor dicha posible a sus parientes.

Era el ángel del nido.

Siempre—cuando no tenía trabajo en la cocina o en arreglar las habitaciones—iba con ella un canasto de labores, con calcetines por remendar, u otros objetos por coser.

Sentóse en el sitio de costumbre, y ajena a la conversación de sus hermanos, se puso a cumplir con su obligación de ama de la casa.

Mientras trabajaba, dijo a los suyos:

—Dicen que Tomás Manzies se casa hoy...

Los hombres se miraron a una...

Juan soltó el primero su reproche hacia Tomás:

—Hace mal... Es una ingratitud... Más de una vez al mes venía a cenar a esta casa...

—¿Y esto qué tiene que ver, hermano?—respondió Maggie.—Supongo que la mujer que ha elegido tendrá numerosos encantos.

—¿Qué quieres decir con eso, Maggie?

—Encantos en una mujer, es todo aquello que contribuye a hacerla buena y atractiva... Si se tienen, no es preciso más... Y, si no se tienen, lo demás resulta inútil.

—¡Pues yo tengo una hermana con infinitos encantos! Y mira lo que yo te compré.

—¡Oh, Juanito! ¡Cuánto dinero te has gastado!

David también quería *consolar* a su hermana:

—En la tienda de Pringle vi un corte de seda precioso...

—No quiero que me lo compres, ¿oyes? Sois todos muy buenos conmigo... y yo soy muy feliz a vuestro lado. Mientras os vea felices, Maggie no llorará nunca.

—(¡Qué corazón tiene esta hija de mis amores!) —murmurábase el viejo.

—Seamos prácticos, y vayamos a acostarnos —dijo, poco después, Maggie.

E inició la salida del comedor.

Pero como nadie más se moviera, ella preguntó:

—¿Cómo es que ninguno de vosotros tiene sueño, cuando son ya las diez de la noche?

—Padre y yo vamos a jugar una partida de ajedrez —pretextó David.

—Yo me quedo con ellos, para leer el periódico.

—Algo ocurre. ¿De qué se trata? ¿Tenéis secretos para mí?

—No, Maggie. Lo cierto es que andan rondando ladrones por aquí. Van dos veces que entran en casa, y esta noche estamos dispuestos a echarles la garra.

—Yo me quedo con vosotros. Por lo pronto, me encargo de los cubiertos de plata y demás objetos de valor.

—Vete a la cama, Maggie.

—¿Cómo queréis que vaya a acostarme dejando a mis hermanos en grave peligro?... ¡Nunca!

—¡Chitón!... A través de esta ventana, oculto detrás del cortinaje, acabo de ver en el jardín a un hombre—avisó Juan.—Lleva una maleta. Marchémonos de esta habitación, apaguemos la luz, y finjamos que nos vamos a acostar a nuestras habitaciones del piso superior... Dispensadme que bostece. Es para que el malhechor me oiga y se convenza de que nos vamos a dormir.

Unos minutos después, un joven, humildemente vestido, penetraba en el comedor de los Wily por la ventana.

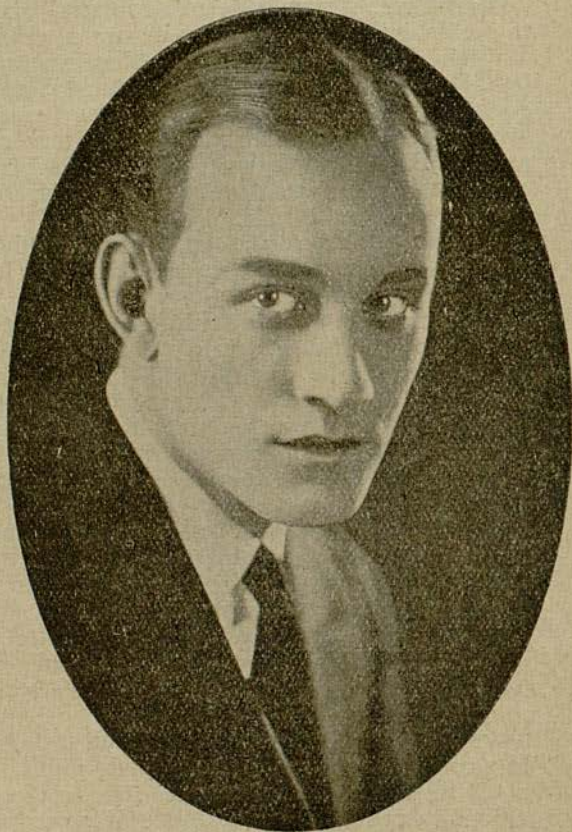
En la creencia de que nadie podía sorprenderlo, encendió la luz, abrió su maleta, sacó de ella unos libros, los depositó en un armario-biblioteca, cogió otro libro del mueble, sentóse en el sillón nuevo—que Maggie cuidaba como un tesoro y en el que los suyos no se sentaban jamás—y se puso a escribir, tomando apuntes del citado libro.

Los Wily, asombrados, se armaron con bastones, y sorprendieron al intruso.

Pero el joven no les resultó desconocido, y por este motivo su extrañeza fué mayor.

—¿De manera que ahora se dedica usted al robo, eh, John Shand? —recriminóle David.—¡Y eso que en el pueblo tiene fama de ser tan honrado!

—No me dedico al robo... Estoy desesperado, porque soy un ignorante, y he decidido dejar de serlo para no tener que estar siempre pidiendo explicaciones de todo. Y como no puedo comprar libros, y ustedes tienen en su biblioteca todos los que me hacen falta, vengo dos veces a la semana para consultarlos.



John Shand

CONRAD NAGEL

—El procedimiento empleado no es el más adecuado.

—Bien. ¿Es este un caso para avisar a la policía?

Maggie, coincidiendo en el sentir de los suyos, opinó, compasiva:

—No. Lo mejor es que nos vayamos a acostar y dejemos que este joven estudie cuanto quiera... pero no sentado en el sillón nuevo.

Entonces, una idea cruzó, a un tiempo, la mente de los tres parientes de la soltera.

David hizo de nuevo uso de la palabra.

—¿De modo, que es usted un estudiante pobre?

—¡Soy un estudiante de gran porvenir!

—¿Es usted un hombre serio?

—Jamás en la vida me he reído... ni sonreído siquiera.

—¿Tiene usted novia?

—Jamás he dado a mujer alguna motivo para que coquetee conmigo... No tengo tiempo para ocuparme de ellas... Estoy demasiado ocupado con mis propios estudios.

—Siéntese, joven.

—Me llamo el señor Shand, y no volveré a entrar en esta casa mientras no se me llame así.

—Descubro en usted un carácter vigoroso que muchos quisieran. Siéntese usted, señor Shand. ¿No quiere usted tomar alguna cosa para quitar el frío?

—No me gusta molestar a nadie.

—Una copita de licor no le hará daño... Sírvase acompañarnos.

—Muchas gracias,

—Maggie, ahora que la alarma se ha desvanecido, ve a acostarte, y descansa.

Maggie comprendió que sus hermanos y su padre iban a hablar de algo muy trascendental con Shand, se imaginó el asunto, y no quiso obedecer, quedándose, algo apartada de ellos, en el comedor, cosiendo.

David tuvo, pues, que hablar en presencia de su hermana.

—Señor Shand, tenemos que hacerle una proposición. Se trata de un asunto puramente mercantil.

—Soy todo oídos, señores.

—Señor Shand, nosotros tres estamos dispuestos a contribuir con trescientas libras esterlinas a su educación, con la condición de que, de aquí a cinco años, Maggie Wily, aquí presente, a qui n usted ya conoce al igual que a todos nosotros, en caso de seguir soltera, tenga derecho a casarse con usted, si así le parece a ella.

Maggie protestó que se impusiera tal condición a Shand, entendiéndolo que ella no debía entrar en combinaciones mercantiles.

Pero Shand, sumamente atento, y lleno de extrañeza, le dijo a ella:

—No me explico, señorita Maggie, por qué ha de disgustarle semejante proposición.

Y dirigiéndose nuevamente a los hombres, prosiguió:

—Con mi talento y trescientas libras esterlinas, entraré en la política y pronto estaré tan alto, que ni ella misma soñaría semejante elevación...

—Pero no hay que olvidar que sin las tres-

cientas libras, la elevación esa... o el vuelo, o lo que sea, es imposible.

—Naturalmente, señores... Yo no tengo un céntimo.

—Lo probable es que no tenga usted necesidad de cumplir el compromiso, porque es casi seguro que ella se casará antes de la fecha fijada...

—Y, entre nosotros, señores, suporiendo que yo me enamorara de ella... y me diera calabazas...

—¡Ahl... A'go ha de arriesgar usted...

—Sí... claro... ¿Qué edad tiene? Parece joven pero debe ser por los rizos.

—...Veinticinco años.

—¡Yo acabo de cumplir veintiuno!

—Eso de la edad, es cosa secundaria, ¿no?

—A mí me es indiferente... Si ella consiente, consiento yo.

—Debe ser una petición, de parte de usted, a la interesada.

—Pues voy a hacerla consciente de mi gesto: Señorita Maggie, ¿acepta usted el proyecto de sus señores padre y hermanos?

Maggie se ruborizó un tanto, pues Shand no le era desagradable, pero le respondió:

—¿Es una petición... personal?

—De caballero, señorita.

—Bien. Pero antes he de decirle, en primer lugar, que le han llevado a usted a obscuras en este asunto... Carezco de entantos y nadie me hace el amor... Y además, David ha dicho que yo tengo veinticinco años cuando en realidad mi edad son veintiseis... Ahora que sabe la verdad, ¿insiste usted?

—Más que nunca, señorita.

—Perfectamente—aprobó David, mientras Juan y su padre se mostraban satisfechos del pacto. Y añadió—: ¿Confiamos mutuamente en nuestra palabra de honor, o hacemos un contrato en regla ante notario?

Juan expuso presto su criterio, para atar bien la cosa.

—Lo mejor es hacer un contrato.

—Asiento a todo lo que ustedes dispongan.

—Pues firmaremos un documento legal.

—¿Y podré venir aquí a estudiar durante el día?

—Esta casa, desde este momento, está abierta para usted. Se le tratará con verdadero cariño.

—Entonces, agradecido, y hasta mañana.

Maggie acompañó a Shand hasta la puerta de la casa, y ya le demostró, con la simplicidad de su tierno corazón, la simpatía que él le inspiraba, rodeándole el cuello con una bufanda, para que sintiese menos el frío...

Unos días después, el pacto convenido entre Shand y los Wily, era objeto de un acta notarial.

.....

Han pasado cinco años, de lucha, de ambición y de trabajo para John; de espera y de confianza para Maggie, que ha aguardado a que él se abra camino. Y se aproxima el momento supremo de la carrera del joven, cuando aparece su candidatura a miembro del Parlamento.

Lady Sibila Trenton y la condesa de La Briere, su tía, esperaban la llegada de Shand, en casa de los Wily, abierta a los partidarios del candidato a diputado.

David recibió a esas damas, que le dijeron:

—Somos la hermana y la hija, respectivamente, de Lord Trenton, que está pronunciando un discurso en favor del señor Shand... y nos dijo que podríamos esperarle aquí... con permiso de ustedes.

—Muy honrados, señoras, con su presencia.

Seguidamente, David manifestó a Maggie:

—Si John resulta electo, tendrás que hacer los honores a personas elegantes, como esas... Aprovechate para ir acostumbrándote.

Maggie fué conducida ante las damas por David, presentándola éste y marchándose después.

La hija del político Trenton la midió de pies a cabeza y su candidez la hizo sonreír.

La comparación, exterior, de esas señoras con ella, demostró a Maggie que no reunía ni la elegancia ni la distinción tan evidentes en aquéllas. Y tuvo como una pena... por Shand.

La condesa de La Briere, dotada de más recios sentimientos que su sobrina, excesivamente ufana de su posición social, facilitó un motivo de conversación con Maggie, para sacarla del apuro en que delante de ellas se encontraba.

—Mi hermano nos ha hablado con gran entusiasmo del señor Shand... Parece que ha tenido una carrera muy interesante... Pero no recuerdo si me dijo que fuera casado.

—No, pero va a casarse pronto.

—¿Conoce usted a la novia?—inquirió, Lady Sibila, intrigada,

—Sí, y es poco a propósito para él... Tonta y vulgar... Se llama Maggie—respondió.

—¡Qué lástima! ¡Cuántos hombres hay que podían tener una carrera brillante, y que fracasan por culpa de un matrimonio mal hecho!

De pronto, un griterio popular llegó hasta la casa de los Wily. Shand lloraba, con Lord Trenton, y frente a aquélla detúvose mucha gente para seguir aclamando al nuevo diputado.

Shand anunció, al entrar en la casa:

—¡He triunfado por doscientos cuarenta y cuatro votos de mayoría!

Maggie, feliz ante la dicha del protegido de sus hermanos, se acercó a él y se oyó esta pregunta:

—¿Estás seguro, John?

—Sí, Maggie. ¡Por fin he llegado! ¡Y sin que nadie me ayudara, yo solo!

—Sí, tú solo, John, tú solo...

Lord Trenton presentó Shand a su hermana y a su sobrina, y ésta última, adivinando su recio carácter y juventud, le dijo:

—Espero que venga usted a visitarme en Londres... ¡Estoy tan interesada en la carrera de usted!

—Será para mí un alto honor, señorita.

—Le felicito cordialmente, señor Shand, por su primer triunfo político, y confío que ya tendremos ocasión de celebrar este acontecimiento en sus salones o en los de mi hermano—añadió la Condesa.—Ahora, no queremos molestar a usted. Se debe usted al pueblo, que quiere verle, aplaudirle. ¡Qué gloria para usted!

—Voy a acompañar a esas damas a la puerta, Maggie—dijo John a ésta cuando estaban por marcharse las aludidas señoras.

La Condesa miró a la modesta joven con quien hablara, y con suma extrañeza, le preguntó:

—¿Entonces usted... es... Maggie? Sí... sus ojos no mienten... Me ha sido usted muy simpática... y si yo estuviera en su lugar, procuraría evitar esos coloquios íntimos del señor Shand con Lady Sibila: conozco a mi sobrina.

—Gracias, señora, por su consejo... mas yo no puedo mandar en John.

Los partidarios estacionados frente a la casa de los Wily seguían pidiendo a voces la aparición de Shand. Era de temer que si él no les decía algo, serían capaces de echar abajo la puerta.

Maggie, turbadísima, pero queriendo imponerse serenidad para decirle a John lo que estaba pensando, entabló con él el siguiente diálogo:

—Tienes irritada la garganta. ¿Verdad? Hazces bien en suavizarla con el pulverizador... No te canses en hablar durante unos días... ¿Estás dispuesto a anunciar que vamos a casarnos, John?

—Debo confesar, Maggie, que mientras mejor te he conocido, durante estos cinco años, mayor ha sido mi respeto hacia ti.

—Cuando pienso, John, en las mujeres de distinción y brillo, con quienes ahora podrías casarte si quisieras, me da vergüenza exigirte que cumplas tu palabra.

—Sería una necedad que me devolvieras mi palabra, Maggie.

—Si no te devuelvo tu libertad, John, no habrás tenido romanticismo en tu vida, y eso es algo a que todo hombre tiene perfecto derecho...

—El trato es trato.



—El trato es trato.

—La mujer nunca sube con el hombre... Yo te atraeré hacia abajo, John... y este documento, que tú firmaste, y que siempre guardé como un tesoro, es lo único que te retiene... Pues bien, yo quiero que tú seas libre, y mira: ya no existe el compromiso.

—¿Por qué rompiste ese papel? Estás obrando guiada por un impulso imprudente, Maggie...

Reflexiona, y mañana volveremos a hablar del asunto.

—No, John, no... jamás aceptaré nada que no sea voluntario... Tú tienes ya trazada tu brillante ruta... ¡Oh, John! ¡El público se nos echa encima como una avalancha!

—No te muevas. Exige que pronuncie un discurso más. Pues bien, será complacido. ¡Silencio!

—¡Bravooo!—aclamaron millares de voces.

John se puso en evidencia, y su voz, cálida y timbrada, dijo:

—Amigos míos: pocas palabras os diré, pero esas palabras son todo un poema. La libertad es el más bello ideal del hombre... pero, señores, hay veces en que la libertad es excesiva... y el hombre tiene el deseo de sentirse atado... y yo he encontrado una dama que está dispuesta a unirse a mí... para siempre... Voy a casarme, y el nombre de mi futura es Maggie Wily. Vedla aquí.

Una salva atronadora de aplausos coronó el discurso de John.

Maggie reía y lloraba a un tiempo.

Y no sabía lo que pasaba en su alma.

En cuanto a los Wily, unían sus vótores a los de la muchedumbre.

John probó que era hombre de palabra. El y Maggie llevan dos años de casados. La fama ha sonreído al joven orador y el éxito le ha abierto muchas puertas, aunque no faltan personas que se preguntan, cómo fué a elegir una



— Soy un estudiante de gran porvenir.

esposa tan tonta y que no toma parte alguna en su vida pública.

La Condesa visitaba de cuando en cuando a Maggie, pues le profesaba cierto afecto.

Un día, estando la Condesa en su casa, Maggie dijo a su esposo:

—Está esperándote la comisión de damas, John.

Shand respondió:

—Esa comisión de damas viene a preguntar cuál es el tema de mi discurso para esta noche, y quiero darle una idea general... Hazme el favor de ver si me sé de memoria el final.

Maggie cogió el original del mismo, y John, delante de la Condesa, se puso a hablar como si estuviera en el Congreso.

—No quiero, señores, exigir que el Parlamento vote ahora mismo respecto a este asunto, porque temo que tal votación divida y debilite al Partido Liberal... Sin embargo, más tarde...

Maggie, con gran extrañeza de la noble visita, interrumpió a su esposo:

—Pero... el no exigir una votación general en estos momentos es un signo de debilidad, ¿no es cierto?

—Si exijo la votación, perderé el apoyo del Gobierno, que no me perdonaría nunca que dividiera yo el Partido—repuso John.

Y Maggie, prudentemente, se calló...

Repasado el discurso, Shand salió a recibir a las aludidas damas.

La Condesa indicó entonces a Maggie:

—Lady Sibila es, según creo, de la comisión

de damas que ha venido a hablar con su esposo...

—A esa señorita le gusta mucho figurar... en todo...

—¿Por qué no hace usted lo mismo, señora de Shand? ¿Por qué no ayuda usted a su marido en sus labores políticas?



...John, delante de la Condesa, se puso a hablar como si estuviera en el Congreso.

—Hago lo que puedo. Yo soy quien escribe en la máquina sus discursos.

Sobre esto, apareció en el salón una nueva visita: Charles Venables, uno de los más influyentes Ministros de la Corona en aquel momento.

Tras de efusivo saludo a la Condesa—en-

cantadora, a sus años, a los ojos del alto político, —éste, en ausencia de Maggie, que había ido a entregar a John su discurso, por si lo necesitaba, le dijo:

—El Gobierno ha estado observando a este joven Shand, desde hace tiempo, y si en su discurso de esta noche demuestra que tiene fuerza y energía, le daremos un puesto de importancia.

Maggie, que había podido apreciar por sus propios ojos cómo Lady Sibila coqueteaba con John, volvió al salón y pudo oír, sin ser vista, la opinión del Ministro, y saludándole, le preguntó:

—¿Ha venido usted a interrogar a mi esposo respecto a su discurso de esta noche?

—En efecto, señora...

—Pues acabo de ponerlo en la maquina, y me sé de memoria el final.

La Condesa miró, de nuevo, con extrañeza, a Maggie, quien se expresó así:

—Dice textualmente: «Si el Parlamento no apoya esta ley, exigi é que la Presidencia pida una votación nominal, aunque el Partido Liberal se divida, señores.

—¡Eso es tener valor civil! —exclamó el Ministro, complacido.— Si por temor a la división del partido, hubiese mostrado debilidad de carácter, el Gobierno hubiera desechado su candidatura.

A partir de ese momento, la Condesa comprendió quien era Maggie...

John se reunía a poco con ellos, y el señor Venables le sorprendió con esta noticia:

—El Gobierno necesita un orador de empu-

je, que hable en la gran reunión del día veinticuatro. ¿Quiere usted aceptar el encargo de pronunciar el discurso oficial ese día?

Muy honrado con tal proposición, John respondió:

—Aceptaré, si me hace usted la oferta, señor Venables, después de haber escuchado mi discurso de esta noche.

—El discurso de esta noche no tiene importancia. Lo esencial es, que obligue usted a plantear la votación nominal, con la amenaza de dividir el Partido Liberal. Pero me lo llevo para darle una ojeada general.

Desconcertóse John, pero reaccionó instantáneamente, y repuso:

—¡Ah! Puesto que usted conoce ya mi propósito, es inútil que lea mi discurso.

—No estará de más.

—Haré una nueva copia y se la mandaré dentro de una o dos horas —intervino Maggie, con el deseo de que el Ministro no se llevara el discurso, pues no estaba de acuerdo con lo que ella dijera al Gobernante.

Pero el Ministro se resistía a devolver el documento, para evitar a Maggie la molestia de coilarlo.

Sin embargo, Maggie insistió:

—No hay más que un ejemplar del discurso... y si se lo lleva usted y le ocurre algún accidente, se perdería.

Ante tales razones, el señor Venables no se llevó el discurso.

Mientras John acompañaba a la puerta de su casa al Ministro, la Condesa felicitaba sinceramente a Maggie por su oculta habilidad.

Ella, la hormiga del hogar, contestó:

—Le gusta mucho pensar que él es quien lo hace y piensa todo... Así son la mayoría de los hombres... Yo, que carezco de hermosura y de atractivos, no debía haber dejado que se casara conmigo, pero hago lo posible por indemnizarle de... nuestra boda.

—Es usted una mujercita adorable, Maggie...

Luego, a solas con su esposo, oyó cómo éste le agradecía el haber logrado que el Ministro devolviese el discurso:

—Estoy seguro de que no te das cuenta, Maggie, de la trascendencia del favor que me has hecho.

—Vi en ti tanto interés en que el señor Venable no se llevara el original...

—Pues claro... Ahora puedo cambiar el final.

—¡Pues es cierto!... No se me había ocurrido...

Y así, gracias a la modestia de Maggie, John quedaba orgulloso de sí mismo.

Algunos días después, John conoce por primera vez en su vida, lo que es el amor; pero ¡ay! no es precisamente Maggie quien se lo inspira.

La coqueta Sibila conseguía el corazón del joven político.

En su propia casa, John le confesaba su amor, llamándola musa de sus trabajos.

—No debía yo permitir que me hablara usted de su amor... ¡Pero es tanto el interés que usted me inspira!

—Es forzado, Sibila, tener el valor de nuestras propias acciones... ¡Es preciso amarnos delante de todo el mundo! Acepte este regalo... El rubí de esta joya es como una gota de sangre de mi corazón.

Maggie, herida en lo más hondo, presenció esta escena detrás de una puerta, y tosió antes de entrar en la biblioteca donde se hallaban Sibila y John.

La «tos» de Maggie dió a entender a los infieles, que ella lo había visto todo, incluso donde Sibila escondió el obsequio de John.

Pero no hubo escena de celos como pudiera temer la coqueta.

Y en aquel momento, llegaron el padre y los hermanos de Maggie, causando gran alegría a ésta.

John les preguntó:

—¿Y a qué han venido ustedes a Londres?

—No habíamos de olvidarnos del segundo aniversario de vuestro casamiento, y aquí estamos para celebrarlo con vosotros.

—¿Y qué le has regalado a Maggie, John? ¿Acaso olvidaste...?

Maggie fué rápida en contestar:

—Me ha regalado un pendiente. Lo dejé por aquí. ¡Miradle! John dice que es como una gota de sangre de su corazón.

Sibila y John cruzaron sus miradas llenas de odio contra Maggie, y él con firmeza reveló la verdad contra todo y contra todos:

—A Lady Sibila fué a quien traje ese regalo, y le entregué, con él, mi amor.

—Reconozco que esto es sacrificarlo todo por el amor de usted, pero nada temo—dijo

Sibi'a, delante de todos, a su enamorado, dejándose acompañar por él a otra habitación.

Los Willy querían abalanzarse a John para exigirle satisfacciones, mas Maggie los conuvo, aparentando valor.

John volvió a reunirse con sus parientes, y David le recriminó:



—...John dice que es como una gota de sangre de su corazón.

—Eso te arruinará, Shand... Si su amor no vale nada a tus ojos, piensa al menos, en tu carrera y en tu porvenir.

—He luchado y he caído... Cuando un barco se va a pique, no es el momento de hacer recriminaciones...

Maggie empujó a sus parientes lejos de John, y les dijo:

—Calma. ¿Pretendéis que le abandone en los momentos en que más necesita de mí? Hacedme el favor de ir a las habitaciones superiores y dejad la cosa en mis manos.

Obedecieron los Willy.

Después, Maggie dijo a John:

—¿Deseas hablarme, verdad?

—Sí... Siento mucho lo que pasa... pero tú sabrás comprenderme. ¡Si supieras, Maggie, cómo me inspira Sibi'a en mis trabajos!

—Yo no quiero oponerme a tu dicha....

¿Cuándo piensas dejarme, John?

—Después de lo de hoy, yo creo que...

—Lo mejor es que esperes hasta después de haber pronunciado tu discurso del día veinticuatro... Es menos de un mes, y me temo que el señor Venables no te deje hablar, si se entera de esto.

—No, Maggie, sería una injusticia que me quedara aquí ahora, sólo por ese detalle del discurso.

—Yo permaneceré en esta casa, durante las tres o cuatro semanas que necesito para poner todo en orden y preparar mi marcha... y tú puedes ausentarte... con la señora... y dedicar todo tu tiempo a preparar el discurso...

—... ¿Pero a dónde puedo ir?

—La Condesa nos ha invitado a pasar con ella una temporada en el campo... Le dije que irás solo, y después le sugeriré la idea de que invite a Lady Sibila... Sí, John, sí... El señor Venables estará también allí. Piensa en la impresión que le causará tratarte intimamente... Y, con la ayuda de Lady Sibila, ¡imagínate qué gran discurso harás!

Maggie, destrozada el alma, y luchando con las lágrimas que asomaban quemantes a sus ojos, llamó al teléfono a la Condesa.

—Buenos días, señora. Mi familia acaba de llegar y no puedo dejarla, pero John puede ir solo a pasar unos días a casa de usted... Necesita descanso y debe dedicarse a preparar su discurso... Y le suplico a usted que me haga un favor... Invite usted también a Lady Sibila... No puedo decirle la razón, pero es un favor que le agradeceré toda mi vida.

La Condesa, asombrada, trató de arrancarle a Maggie el secreto que su voz revelaba, pero no logró su objeto.

John reconocía — produciendo disgusto a Sibila— que Maggie era, realmente, muy buena, y al despedirse de ella, le murmuró:

—Maggie, yo quisiera quererte.

Y la magnífica mujer que tenía desgarrada el alma, dijo, como un suspiro:

—Yo también quisiera que me amaras John.

Más tarde, ya sola, soltó el dique de su amargura.

*
*
*

Será que John no puede trabajar lejos de su casa, o que está nervioso por causa de la importancia que el discurso tiene para su porvenir; pero el caso es que, al cabo de una semana de trabajar bajo la inspiración de Lady Sibila, no se explica el porqué de su torpeza y de su falta de ideas.

Maggie fué también, unas semanas después, a la casa de campo de la Condesa.

—¿Cómo están todos por aquí?

—El, está bien, pero me parece que no es feliz.

El Ministro añadió:

—Está preocupado, porque tuvo que rechazar su discurso... Lo leí hace tres días y no tiene la belleza de costumbre... Además, está



Será que John no puede trabajar lejos de su casa, o que está nervioso...

árido, sin la fluidez y el humorismo característico de otras veces.

—Sí, ya sabía... John me enteró de ello por carta, y me mandó otro para que se lo escribiera en la máquina.

Cuando estuvieron solas, la Condesa y Maggie, aquélla refutó a ésta:

—¡Maggie! ¡No es cierto que haya otro discurso!

—¿Cómo que no?

—Usted sabía que él no podría hacer nada sin su ayuda, y ha cambiado lo que él hizo, perfeccionando el discurso y quitándole sus defectos y ahora, como de costumbre, le hará creer que todo se debe a él y sólo a él. Deme usted ese discurso. Mi doncella se lo llevará al señor Venables, y ya veremos el resultado.

—¿Quiere usted llamar ahora a John... y a la señora que está a su lado?

Los aludidos acudieron al aviso de la Condesa, y se encontraron frente a Maggie.

—He venido a despedirme para siempre, John.

—¿Qué dice usted, Maggie?—inquirió la Condesa.

—El caso es, señora, que John y Lady Sibila están enamorados, y yo me voy con mi familia. No quiero ser un obstáculo para ellos... Ya lo he dejado todo listo, Lady Sibila... Estas son las llaves de los armarios de la ropa blanca y de los cubiertos.

—¿A qué viene tanta prisa?—dijo John.

Maggie fingió no haberle oído.

—La alfombra está un poco usada, pero creo que se puede remendar, y la mantelería también está algo deshilada, pero...

Lady Sibila explotó:

—¡Me he equivocado, John! Me avergüenza confesarlo... pero la verdad, John, es que me aburre usted soberanamente, y que ni le quiero ni, en realidad, le he querido nunca!

—¡Caramba! ¡Esto es para que un hombre pierda la fe en sí mismo!

Lady Sibila se retiró a sus habitaciones y la Condesa fué tras ella para sermonearla por su peligrosa coquetería...

—Maggie, dime: ¿soy un hombre de carácter?—preguntó John a su esposa, después del gesto de Lady Sibila.

—¿Acaso has admitido jamás la ayuda de nadie?

—¡No! Pero este discurso no se parece en nada a los que hice mientras tú estabas sentada junto a mí, trabajando con tus agujas... Supongo que sería la tranquilidad de que entonces me veía rodeado.

—¿Quién sabe!...

—¿Y si resultase que tú me habías estado ayudando desde el principio, sin que ninguno de los dos nos diésemos cuenta?

—¿Tú crees?...

Aquí, apareció la Condesa, que anunció a John:

—El señor Venables desea hablar con usted... Creo que quiere hablarle de su segundo discurso.

—¿De qué?.. ¿Qué significa esto, Maggie? ¿Por qué me miras de ese modo?

—Dejaste el borrador de tu discurso en casa, y yo lo puse en limpio, añadiendo algunas cosas sin importancia... Y ahora, la Condesa se lo ha mandado al señor Venables.

—¿Y se lo mandó como si el discurso fuera

mío? ¡Maggie! ¡Qué presunción es la tuya! ¿Qué atrevimiento sin nombre es ese?

—Calla... El señor Venables viene hacia ti.

—¡Ahora veremos lo que vale tu ayuda!

El Ministro, sonriéndole, felicitó a John, que no esperaba tal cosa.

—Parece increíble que haya podido usted



—Parece increíble que haya podido usted mejorar tanto este discurso.

mejorar tanto este discurso... Es el mismo, en esencia, pero las nuevas modificaciones lo han transformado, señor Shand. Será un éxito.

Como cosa convenida, Maggie y John quedaron nuevamente a solas, y ella se sentó a su lado trabajando con las agujas, como en su hogar.

El absoluto John atravesaba una crisis de humillación, y lamentóse a su esposa:

—¡Maggie, contempla la tragedia de un hombre que, por primera vez, se ha conocido a sí mismo!



—John, si pudieras reír conmigo, estoy segura de que aprenderías a amarme de veras...

—Lo que he hecho no tiene nada de extraordinario, John. A todo hombre que se eleva le gusta pensar que se lo debe todo exclusivamente a sí mismo, a su propio esfuerzo, a su

ta'lento. Y eso lo sabe toda mujer, John... Es nuestra pequeña sabiduría: lo que toda mujer sabe.

—¡Estoy furioso contra mí mismol ¡Déjame, Maggie, déjame!

Maggie se arrodilló y riéndose como una niña, y llorando de alegría, dijo a su esposo:

—¡John, si pudieras reír conmigo, estoy segura de que aprenderías a amarme de veras, y acabarías por ser feliz, todo lo feliz que yo quisiera verte!

—¡No, Maggie, no puedol

—¡Ríe, John, ríe!.. ¡Mírame!.. ¡Mira qué fácil es! ¡La risa, John, es más de media felicidad!

Y, al fin, venció la bondad al orgullo.

—¡Perdón, Maggie adorable! —soltó John, después de sonora carcajada—la primera de su vida—, arrojándose en los brazos de su esposa.

Y se confundieron sus lágrimas y sus risas... y sus primeros besos de verdadero amor.

FIN

Prohibida la reproducción.

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

La sugestiva novelita, de estilo frívolo:

El capricho de una dama

por el simpático artista HARRY LIEDTKE

Postal-fotografía-regalo: BILLIE BURKE

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles

Precio 25 céntimos